

# Nuevos poderes en un planeta envejecido

*Phillip Longman*

---

**A** principios de la década de los setenta, los demógrafos detectaron un patrón de comportamiento humano que nunca habían visto. En 1970, cuando Suiza, Finlandia y Dinamarca llevaron a cabo su recuento anual de nacimientos y muertes para el año anterior, los números indicaban que los adultos jóvenes tenían tan pocos hijos que no lograrían reemplazar a su generación. Este hallazgo contradecía todas las teorías imperantes sobre la población humana. Hasta entonces, los demógrafos, así como los pensadores en general, habían creído que los seres humanos engendrarían inevitablemente hijos de sobra para sostener la población, al menos hasta que las plagas, las hambrunas o el invierno nuclear se dejaran sentir. Es una suposición que no solo se correspondía con nuestra larga experiencia de un mundo cada vez más poblado, sino que también contaba con el apoyo de pensadores tan influyentes como Thomas Malthus y Charles Darwin.

Esas tasas de natalidad excepcionalmente bajas observadas primero en Escandinavia se rechazaron, en un primer momento, por considerarlas una anomalía o un error de medición, pero el fenómeno se ha extendido por todo el mundo. Desde hace ya más de una generación, las personas que

**Phillip Longman** es investigador principal en el programa de Política de Salud de la New America Foundation. (Washington DC). [www.newamerica.net](http://www.newamerica.net). Traducción de News Clips.

Nunca antes las tendencias demográficas han tenido el potencial desestabilizador que presenta el actual patrón de nacimientos y muertes, la proporción de jóvenes y mayores. Las consecuencias irán más allá de la economía y afectarán al equilibrio de poder entre países.

---

viven en naciones bien alimentadas, sanas y pacíficas han engendrado muy pocos hijos para el reemplazo generacional. Esto es cierto a pesar de que las drásticas mejoras en la supervivencia de bebés y niños significan que en la actualidad se necesitan muchos menos hijos (solo aproximadamente 2,1 por mujer en las sociedades modernas) para evitar una pérdida de población a largo plazo. Hoy, los índices de natalidad han caído por debajo del nivel de reemplazo no solo en Europa, sino en países ricos y pobres de todo el mundo, desde China, Corea del Sur, Japón, Australia y Singapur hasta Canadá, Brasil, Chile, el Caribe, Rusia, e incluso países de Oriente Próximo, como Líbano, Túnez e Irán.

La propagación de este fenómeno tiene profundas repercusiones para el futuro de la humanidad. Para empezar, significa que la tasa de crecimiento de la población humana ya se ha ralentizado hasta ser menos de la mitad que en la década de los setenta, mientras que las poblaciones de países como Alemania, Japón y Rusia se están reduciendo en términos absolutos. Y lo que es igual de importante, el crecimiento de la población mundial se deberá fundamentalmente no al aumento del número de niños, sino de personas mayores.

Esto podría parecer imposible, pero ese es el mundo que vemos ahora. Por ejemplo, las Naciones Unidas pronostican que a lo largo del siglo XXI, el número de niños en el mundo caerá en la práctica, mientras que el número

de personas de más de 65 años aumentará en 1.700 millones. Una de las razones para este aumento es la mejora de la esperanza de vida. Otra razón, mucho más importante, es el gran número de personas nacidas después del final de la Segunda Guerra mundial en Occidente, y durante las décadas de los sesenta y los setenta en gran parte del mundo en vías de desarrollo. A medida que los miembros de estas cohortes envejecen, provocan una explosión de la antes reducida población de ancianos, del mismo modo que en el pasado desencadenaron una explosión demográfica de jóvenes.

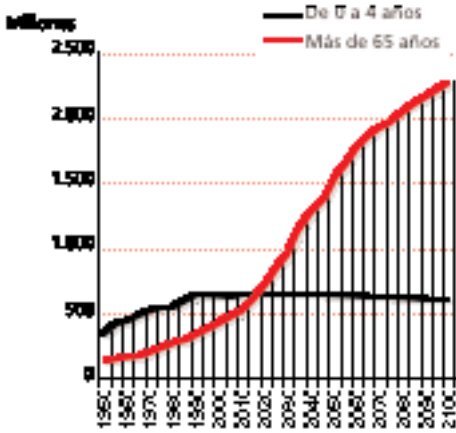
De modo que, sí, durante varias décadas el mundo estará cada vez más abarrotado, pero de gente mayor. Y como los miembros de estas generaciones en conjunto han engendrado muy pocos niños para que se produzca un reemplazo, la población humana se prepara para experimentar un descenso drástico una vez que estas generaciones hayan fallecido. De hecho, si el fenómeno del descenso de los índices de natalidad sigue propagándose, como lo ha hecho a lo largo de los últimos 40 años, es posible que la población humana empiece a reducirse a mediados de siglo a la misma velocidad a la que antes aumentaba, si no más deprisa.

Las perspectivas de que se cumpla esta hipótesis se vuelven más probables cuando tenemos en cuenta otras tendencias mundiales. Una de ellas es la urbanización. Hoy más de la mitad de la población mundial vive en ciudades, donde los niños suponen una costosa carga económica. Otras dos tendencias que probablemente seguirán empujando a la baja los índices de natalidad son el aumento de las oportunidades laborales para las mujeres y el predominio cada vez mayor de las pensiones y otros medios de garantizar ayuda a la tercera edad sin necesidad de tener hijos.

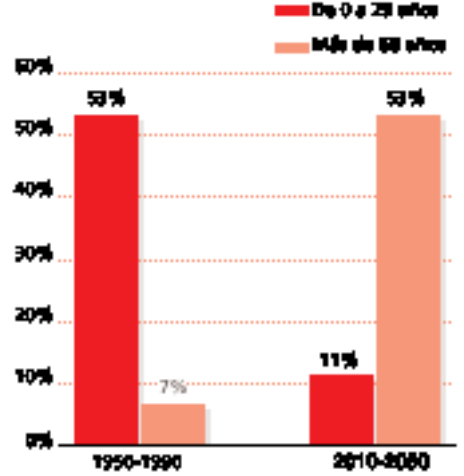
Otro poderoso factor parece ser la influencia de la televisión y otros medios de comunicación. Incluso en los lugares más recónditos del mundo, cuando se introduce la televisión, los índices de natalidad, por las razones que sean, no tardan en descender. Curiosamente, la planificación familiar parece desempeñar un papel menos importante de lo que pensaría la mayoría. India, por ejemplo, impuso el control de natalidad –que llegó a incluir programas de esterilización forzosa– durante la década de los setenta. Por otro lado, aunque el gobierno de Brasil nunca llegó al punto de promover la planificación familiar, sus índices de natalidad se redujeron a la mitad en una generación, muy por debajo de los niveles de reemplazo, y en la actualidad son mucho más bajos que los de India.

En la actualidad, muchos países desarrollados intentan aumentar sus índices de natalidad, ofreciendo, por ejemplo, subsidios y medidas fami-

**CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN**



**POBLACIÓN MUNDIAL**



Fuente: *World Population: The 2010 Revision*. División de Población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, ONU.

lires más generosos, pensados para suavizar las tensiones entre el trabajo y la vida familiar para los padres jóvenes. Sin embargo, hasta ahora, las medidas han tenido un éxito limitado. En los países desarrollados, se observa un aumento en el número de mujeres que tienen hijos a una edad más avanzada. Además como por lo general esperan hasta los 30-40 años antes de tener hijos, el tamaño de la familia sigue siendo reducido y lo normal es no tener hijos.

**Un mundo de ‘minifamilias’**

El descenso de los índices de natalidad también se produce a expensas de la familia tradicional. En los pocos países desarrollados que todavía tienen unos niveles de fertilidad cercanos a los de reemplazo, se ha producido una explosión de los nacimientos fuera del matrimonio y una drástica caída en el porcentaje de hijos que viven con padres casados. En Suiza, Noruega y Francia, los nacimientos fuera del matrimonio son la nueva normalidad, en la que más del 50 por cien de todos los niños nacen de padres no casados.

De manera similar, en Estados Unidos, los índices de natalidad siguen alcanzando los niveles de reemplazo o están ligeramente por debajo, pero se engendran muchos menos hijos que en el pasado con padres y madres presentes en sus vidas. En 2008, un 41 por cien de los niños en EE UU nació de mujeres no casadas, un máximo histórico. Aunque es posible que muchas

de estas mujeres acaben casándose, las tasas de divorcio y separación siguen aumentando entre los estadounidenses de clase trabajadora y siguen siendo elevadas en general, lo que provoca una caída constante en la proporción de hijos criados en el seno de familias tradicionales.

Entre tanto, la familia de un solo progenitor no es la única que se está convirtiendo en norma en los países desarrollados; las familias con un solo hijo son también cada vez más normales. Esto significa que menos niños están emparentados biológicamente con alguien que no sea su padre o su

## China se enfrenta a un desafío demográfico a medida que sus bajos índices de natalidad transforman el país

madre, y no tienen hermanos, tíos, primos o sobrinos. Sean cuales sean las conjeturas sobre las consecuencias de la desaparición de los familiares directos para el tejido de la sociedad en el futuro, está claro que supondría un aumento de la dependencia del Estado, al tiempo que el envejecimiento de la población hace

que a los gobiernos les resulte más difícil financiar pensiones y otras ayudas sociales. En última instancia, también podría suponer un aumento de la dependencia y el atractivo de otras instituciones, tanto tradicionales como nuevas, que satisfagan las necesidades sociales, prácticas y espirituales que la vida familiar proporcionaba antes a los individuos. Entre estas instituciones seguramente habrá comunidades organizadas en torno a creencias religiosas y cultos compartidos.

En este sentido, el papel de la religión podría verse reforzado. Es posible que los índices de natalidad estén descendiendo en todo el mundo, pero como señala Eric Kaufmann en *Shall the Religious Inherit the Earth: Demography and Politics in the Twenty-First Century* [Si los creyentes heredan la Tierra: la demografía y la política en el siglo XXI], el descenso es menor entre los creyentes. En efecto, el patrón de fertilidad humana encaja a la perfección en este molde: los que menos probabilidades tienen de procrearse son aquellos que no profesan ninguna fe; aquellos que se describen como agnósticos o simplemente espirituales son solo ligeramente menos proclives a no tener hijos. El tamaño de la familia aumenta entre los unitarios, los judíos reformistas, los protestantes convencionales y los “católicos de cafetería”, aunque los índices de natalidad registrados en estas poblaciones siguen muy por debajo de los niveles de reemplazo. Solo cuando nos

adentramos en el ámbito de las creencias y prácticas religiosas caracterizadas por –a falta de una palabra mejor– el “fundamentalismo”, encontramos bolsas de fertilidad elevada y el consiguiente crecimiento demográfico rápido. Esto es igualmente cierto en el caso de quienes profesan una creencia literal en la Biblia, la Tora o el Corán, ya sea en EE UU, Europa, Israel u Oriente Próximo.

## Medir el impacto económico de la demografía

Todas estas tendencias se desarrollarán de forma distinta según los países y en momentos diferentes. Por ejemplo, en todo el mundo se observan muchas pruebas de que cuando los índices de natalidad caen por primera vez en un país, suele ser beneficioso para la economía a corto plazo. Muchos economistas creen que el descenso de los índices de natalidad hizo posible la gran expansión económica que tuvo lugar primero en Japón y a continuación en muchos otros países asiáticos, a partir de la década de los sesenta. A medida que descendió el número relativo de hijos, también lo hizo la carga de su dependencia, por lo que se liberaron más recursos para la inversión y el consumo de los adultos.

No obstante, aunque el descenso de los índices de natalidad pueda producir un “dividendo demográfico”, si la tendencia se mantiene, al final hay que devolver ese dividendo. En un primer momento, hay menos hijos que alimentar, vestir y educar, lo cual deja más recursos para que los adultos disfruten. Pero al cabo de poco tiempo, si la fertilidad se mantiene por debajo de los niveles de reemplazo, también hay menos trabajadores productivos, al tiempo que aumenta el número de personas mayores dependientes, cuyo consumo per cápita es muy superior al de los niños. Japón vivió su “milagro económico” a finales de la década de los ochenta, justo cuando su fuerza laboral dejó de crecer. China se enfrenta ahora a un desafío demográfico todavía más grave a medida que sus bajos índices de natalidad transforman el país en lo que los demógrafos chinos denominan una sociedad “4-2-1”, en la que un hijo es responsable de mantener a los padres y cuatro abuelos.

También hay numerosas pruebas que indican que el envejecimiento de la población acaba reduciendo las tasas de innovación tecnológica y organizativa. Por ejemplo, las comparaciones entre países muestran que cuando aumenta por encima de un nivel determinado la proporción de personas mayores, la iniciativa empresarial y la creatividad disminuyen. Las elevadas tasas de paro juvenil y el estancamiento de los salarios en toda Europa

también demuestran otra realidad: el hecho de que el tamaño de la fuerza laboral disminuya en relación con el número de personas mayores dependientes no significa que las que están en edad de trabajar encuentren empleo, y mucho menos que obtengan suficientes ingresos después de impuestos para mantener a una familia.

Con eso y todo, Europa puede considerarse afortunada en comparación con muchas otras partes del mundo que también experimentan un envejecimiento. Algunos países, como por ejemplo España, al menos han tenido la oportunidad de modernizarse antes de que sus poblaciones empezaran a envejecer. En cambio, muchos países en desarrollo, desde México hasta Irán, han registrado unos descensos mucho más marcados en los índices de natalidad, y ahora están envejeciendo a un ritmo sin precedentes, antes de haber tenido oportunidad de volverse siquiera moderadamente ricos.

## Geopolítica de la población

Los estrategas geopolíticos no han hecho más que empezar a asimilar lo que todos estos cambios demográficos sin precedentes podrían significar para el equilibrio de poder entre países. Algunos, como Mark L. Haas, de la Universidad Duquesne, hablan de una futura “paz geriátrica”. Sostiene que, en un mundo de familias con un solo hijo, la resistencia popular al servicio militar obligatorio debería aumentar a medida que disminuye la tolerancia hacia las bajas militares. El coste cada vez mayor de las pensiones y la sanidad también debería hacer que cada vez resulte más difícil para los países mantener programas de rearme militar. Una sociedad dominada por ciudadanos maduros y ancianos también podría volverse más adversa al riesgo, más preocupada por problemas prácticos y domésticos como la sanidad y la seguridad durante la jubilación, y estar menos impulsada por su adhesión a ideologías violentas. Japón se presenta a menudo como ejemplo de país que se ha vuelto más estable y pacífico a medida que ha envejecido. Europa occidental estaba destrozada por la violencia nacional cuando su tan pregonada “generación del 68” era todavía joven, pero cuando esta generación, nacida durante la explosión demográfica de la posguerra, se hizo mayor y tuvo menos hijos, los programas políticos y sociales de Europa se volvieron menos radicales.

No obstante, también hay ejemplos de lo contrario. Por ejemplo, la población de los Balcanes era de las más viejas del mundo en la década de los noventa, y eso no evitó años de violencia genocida. Sobre el papel, los países envejecidos podrían tener una necesidad objetiva de aceptar la inmigración, pero también

parecen propensos a volverse más xenófobos y hostiles al multiculturalismo, a medida que su población nativa se vuelve cada vez más endogámica e insegura. Los ejemplos de esta reacción negativa van desde el aumento de las fuerzas nacionalistas contrarias a los inmigrantes, tanto en Europa como en EE UU, hasta los brotes de violencia individual, como los asesinatos en masa cometidos en Noruega en julio de 2011 por un radical hostil hacia los inmigrantes musulmanes y los partidarios del multiculturalismo. El miedo al declive demográfico también ha propiciado el resurgimiento del nacionalismo hindú y la violencia étnica en India, así como el aumento del fundamentalismo islámico en Turquía.

Los países envejecidos que ya no pueden mantener ejércitos permanentes también podrían ser más propensos a desarrollar y utilizar armas nucleares u otro armamento de alta tecnología. El uso intensivo que hizo EE UU de los aviones no tripulados en Yemen y Pakistán refleja, en parte, la realidad de que los estadounidenses ya no tienen los recursos humanos que necesitarían para conseguir sus objetivos en esos países por otros medios. De manera similar, es poco probable que China, donde la mayoría de los padres solo tiene un “valiosísimo” hijo, envíe grandes ejércitos permanentes para invadir a sus vecinos, pero por la misma razón podría verse tentada a perseguir otras opciones, como los misiles, los aviones no tripulados, los ataques cibernéticos y tecnologías todavía no desarrolladas para imponer su voluntad o para defenderse.

Que una población humana se reduzca o crezca más despacio tampoco significa necesariamente que vaya a disminuir la competencia por los recursos naturales. Es posible que los hijos sean cada vez más escasos, pero la población de automóviles en el planeta aumenta a marchas forzadas. En efecto, el patrón observado en los últimos 40 años en Asia y Occidente indica que, a medida que se tienen menos hijos, cada adulto consume más de todo, hasta el punto de que el uso total de energía y la contaminación están aumentando. Una de las razones que contribuyen a ello es que los solteros y las parejas sin hijos disponen, por lo general, de más dinero y oportunidades que aquellos con responsabilidades familiares. Fijémonos en

**Que la población se  
reduzca o crezca más  
despacio no significa  
que vaya a disminuir la  
competencia por los  
recursos naturales**



los denominados “solteros parásitos” de Japón, adultos jóvenes sin hijos, conocidos por sus compras compulsivas y sus viajes en avión, o el estereotipo de la pareja occidental con dos nóminas y sin hijos.

El aumento de la proporción de hogares sin hijos también supone una mayor presión sobre los recursos naturales y el medio ambiente. Cinco solteros sin hijos que habitan en viviendas separadas, cada uno con su lavadora, cocina, nevera, etcétera, dejarán una huella ecológica en el entorno mayor que una familia de cinco personas que viven bajo el mismo techo, como confirma cualquier calculadora de la “huella de carbono”. Estos factores contribuyen a explicar por qué incluso en lugares como Japón y Alemania, donde la población ya está descendiendo en términos absolutos, los aumentos en el consumo per cápita provocan un aumento de las emisiones totales de carbono. A la larga, la economía de los países que experimentan envejecimiento y descenso de la población podría deprimirse hasta el punto de provocar una caída drástica del consumo, pero la relación entre el tamaño de la población, el uso de los recursos naturales y la degradación medioambiental no está ni mucho menos tan clara.

Finalmente, hay una tendencia demográfica que debe tenerse en cuenta a la hora de predecir el rumbo de la geopolítica. Es el fenómeno de la generación Y [los hijos de los que nacieron durante la explosión demográfica]. Aunque los índices de natalidad caen en todas partes, sigue habiendo países, como Pakistán y Yemen y muchos en África subsahariana, donde el porcentaje de la población en edad de tener hijos es excepcionalmente elevado. Esto significa que aunque cada mujer pueda tener, de media, menos hijos que su madre, el número absoluto de nacimientos sigue aumentando, produciendo una oleada de jóvenes. También se da la casualidad de que estos países son pobres y altamente inestables. Neil Howe y Richard Jackson, del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS, en inglés), advierten de que la década de 2020 podría ser el periodo de “máximo peligro demográfico”, a medida que las partes más pobres y conflictivas del mundo siguen experimentando “grandes aumentos en el número de jóvenes”, aunque parte de la población del mundo desarrollado alcance una edad muy avanzada.

Nunca antes en la historia de la humanidad, con la posible excepción de la antigüedad tardía, se había experimentado una confluencia semejante de tendencias demográficas inesperadas y profundas. La demografía no es el destino como se afirma a veces, pero el patrón de nacimientos y muertes seguramente definirá la vida en el siglo XXI en formas que cambiarán el rumbo de la raza humana.